

consejo de los médicos hacia diariamente, como el mas provechoso para quien estaba acostumbrado á las duras fatigas de la campaña (1). Al fin sintiéndose ya extremadamente débil, llamó cerca de sí al arzobispo don Bernardo y á los monjes de San Benito, y con ellos pasó los postreros dias. Por último en la noche del 30 de junio de 1109 pasó á gozar del eterno descanso el gran conquistador de Toledo, á los setenta y nueve años de su edad y á los cuarenta y tres y medio de su reinado tan lleno de glorias como de azares y vicisitudes, sostenido con ánimo constante en todas las mudanzas de la fortuna (2). Lloráronle los toledanos, y exclamaban: «¿Cómo así, oh pastor, abandonas tus ovejas? Ahora los sarracenos y malhechores acometerán el rebaño que estaba encomendado á tu guarda.»

El arzobispo don Rodrigo nos dejó un magnífico elogio de este monarca. «Fué (dice la traducción antigua) de gran bondad é muy noble, alto en virtud, é de gran gloria, y en los sus dias nunca menguó justicia, y el duro servicio ovo cabo é fin, é las lágrimas lo ovieron, y la fé ovo crecimiento, y la tierra y el reino ovo ensalzamiento, y el pueblo atrevimiento, y el enemigo ovo confundimiento. Amansó el cuchillo, quedó el alárabe, ovo miedo el de Africa. El lloro y el llanto de España nunca ovo consolador hasta que este reynó... La grandia del de su corazon, virtud de los fijosdalgo, no se tuvo por entero de vivir entre las angosturas de las Asturias, y escogió el afán y el trabajo por compañero en su vida. El deleite y el vicio tovo mezquindad, é probar las dubbosas lides le fué placer é alegría... Rey crecido, recio, fuerte el su corazon, fiando en nuestro Señor falló gracia ante los ojos de nuestro Señor del cielo é de la tierra.»

Su cuerpo estuvo expuesto por espacio de veinte dias, al cabo de los cuales con gran solemnidad y acompañamiento de obispos, sacerdotes, magnates, guerreros, nobles, plebeyos, hombres y mujeres, cubiertos de ceniza, con los vestidos desaliñados, y dando gritos de dolor, fué trasladado, segun él lo habia dispuesto, al monasterio de Sahagun, de que habia sido gran protector y devoto, donde al decir de algunos historiadores tuvo impulsos de tomar el hábito monacal, donde le habia tomado provisionalmente algun tiempo en dias de desventuras, y donde yacian las cenizas de sus mujeres (3).

(1) Roder. Tolet. lib. VI, c. 35.

(2) Pelag. Ovet. n. 15.—Anal. Toled. primeros: p. 386.

(3) «El tratado de las mujeres del rey don Alfonso VI (dice el investigador y erudito Florez en su obra de las *Reinas Católicas*), es una especie de laberinto, donde se entra con facilidad, pero es muy dificultoso acertar á salir mientras no se descubra alguna guía, que hasta hoy no hemos visto, siendo así que han entrado muchos á reconocer el terreno; y aun oyéndolos no se vencen las dudas, antes parece que mientras mas hablan menos nos entendemos.

«Cinco mujeres le señalan comunmente los autores. Algunos añaden mas: otros quitan; y como si no bastara la incertidumbre del número, se nos acrecienta la del orden, ignorándose cuál fué primero, cuál despues. Los escritores antiguos ofrecen un camino algo suave; pero los modernos le han sembrado de espinas, añadiendo tanto número de sendas que es difícil discernir cuál sea la legítima.»

En efecto, no hay sino leer el tratado mismo del ilustre Florez para ver el caos que los escritores han introducido en el punto relativo á las mujeres de Alfonso VI, á su orden, y á la distinción entre legítimas y concubinas. Creemos, no obstante, que, pesadas imparcialmente las razones de unos y otros, el caos desaparece en gran parte, y solo quedan algunas diferencias que tampoco vemos imposible concertar. Nosotros nos hemos tomado el trabajo de leerlos casi todos y examinar los datos en que cada cual apoya su opinion, con arreglo á los cuales hemos formado la nuestra, dispuestos á dar razon de los fundamentos que nos han servido para formarla, aunque la naturaleza de una historia general no nos permita ahora detenernos á explicarlos.

Para nosotros es fuera de duda que la primera mujer de Alfonso fué Inés, hija de Guido Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitou: que casó con ella hacia 1074, y duró el matrimonio hasta 1078. Esta reina no tuvo sucesion. (Chron. Malleac.—Escrip. de San Millan.—Fuero de Sepúlveda.)

Síguese Jimena Nuñez ó Muñoz (segun que al padre nombran unos Nuño y otros Munio), de la cual tuvo Alfonso dos hijas, Elvira y Teresa, que fueron las que casaron la primera con Raimundo de Tolosa, y la segunda con Enrique de Besanzon. De esta Jimena es de la que se cuestiona si fué mujer legítima ó fué solo concubina. Para nosotros ni fué

Antes de entrar en las graves alteraciones que á poco de la muerte de este gran príncipe agitaron y conmovieron los reinos cristianos, menester es que volvamos un momento la vista hacia lo que entre tanto en Aragon y Cataluña habia acontecido, y mas habiendo de enlazarse tanto despues los sucesos de unos y otros Estados.

Hemos visto cómo las fronteras del reino de Aragon se iban dilatando bajo el enérgico y activo Sancho Ramirez, rey tambien de Navarra, que cada día tomaba alguna poblacion, alguna fortaleza, algun enriquecido castillo á los sarracenos, acosándolos, y reduciéndolos por las riberas del Ebro y del Gállego, del Cinca y del Alcanadre (4). Enemigo terrible de los dos reyes mahometanos de Zaragoza Al Mutamin y Almostain, hemos visto en cuán apretados conflictos llegó á ponerlos muchas veces, aliándose al efecto con Berenguer de Barcelona y con el emir de Tortosa y Denia Al Mondhir Alfigib, si bien por desgracia contrariado en muchas ocasiones y

concubina ni mujer legítima, sino mujer ilegítima, con la cual no podia casarse por ser parienta en tercer grado de consanguinidad, en que no se dispensaba entonces, y además por afinidad; y que esto fué lo que debió excitar la cólera del papa Gregorio VII para hacer al rey separarse de ella. Mas es indudable que vivió con ella como mujer desde 1078 al 1080, en que casó con su segunda legítima mujer Constanza.

Era Constanza hija de Roberto, duque de Borgoña, y viuda de Hugo II, conde de Chalons. De ella tuvo á Urraca, la que casó con Raimundo ó Ramon de Borgoña, conde de Galicia, y que fué despues reina de Castilla. Vivió esta reina, que se llamó Emperatriz desde la conquista de Toledo, hasta el año 1092, ó principios del 1093. (Sandov.—Yepes.—Garivay y otros.)

En este año de 1093 casó con Bertha, repudiada de Enrique IV rey de Germania en 1069. (Crónicas de Francia.) Tenemos con Florez por mas auténticas las escrituras que suponen haber fallecido Bertha en 1095, en cuyo año mencionan ya á Isabel. Tampoco tuvo Alfonso sucesion de esta reina, y el deseo de tener un heredero legítimo y varon era sin duda una de las causas de multiplicar tantos matrimonios.

Conviene todos en que Alfonso tuvo una cuarta mujer legítima nombrada Isabel, y están todos igualmente de acuerdo en que el hijo único del rey, Sancho, el que murió en la batalla de Uclés, le habia tenido de Zaida, hija de Ebn Abed el rey árabe de Sevilla, la cual para unirse á Alfonso se habia hecho cristiana y tomado por nombre bautismal María Isabel, aunque el rey la nombraba Isabel solamente, y era el solo que usaba en las escrituras. Hé aquí al parecer dos Isabeles, que han sido causa de las debatidas cuestiones entre los historiadores, y en lo que está lo mas complicado del laberinto de las mujeres de Alfonso VI. Pues los que admiten las dos como mujeres legítimas no saben cuándo ni dónde colocar la una que no estorbe á la otra y que no trastorne la cronología. Y los que hacen á Isabel Zaida concubina solamente, no aciertan á explicar ni el ser tenido su hijo Sancho por heredero legítimo del trono de Castilla, ni las escrituras en que se nombra una Isabel como mujer legítima despues que suponen muerta la otra, ni saben de quién pudo ser hija la primera. Y sobre esto han armado una madeja de cuestiones que en el supuesto de las dos Isabeles no es fácil desenredar.

Nosotros tenemos por cierta la inexistencia de la que se supone primera Isabel, á quien Lucas de Tuy, otros escritores posteriores, y hasta un epitafo que le pusieron en Leon, la hacen hija de Luis, rey de Francia, y es cierto y averiguado por todas las historias de aquella nacion que el rey de Francia á que alude el Tudense no tuvo ninguna hija que se llamara Isabel. Creemos pues que no hubo mas Isabel que Zaida, la hija del rey moro de Sevilla, que tomó aquel nombre al hacerse cristiana, que fué mujer legítima de Alfonso, que estuvo casada con él desde 1095 ó 96 hasta 1107 en que murió, que de este matrimonio nació Sancho, el que pereció en Uclés, heredero legítimo que era del reino, y que luego tuvieron á Sancha y Elvira, que casaron despues la una con el conde Rodrigo Gonzalez de Lara, y la otra con Rogerio I rey de Sicilia. Además de los datos que hay para creer esta opinion la mas segura, es la única que puede conciliar el orden y las fechas de todos los matrimonios de este rey, y las edades de cada uno de sus hijos, sin embarzo ni confusion.

Poco feliz el rey en la sucesion varonil que tanto deseaba, y suspirando todavía por ella, casó aun, á pesar de su edad y sus achaques, en 1108, con Beatriz á quien el arzobispo don Rodrigo hace tambien francesa, y la cual le sobrevivió, habiendo muerto el rey, como hemos dicho, en 1109. De Beatriz no se sabe mas sino que luego que enviudó se volvió á su patria. (Pelag. Ovet. Chron. núm. 14.)

Tales fueron las mujeres de Alfonso VI segun los documentos que tenemos por mas fehacientes.

En 1101 habian muerto las dos hermanas del rey doña Urraca y doña Elvira, las que habian tenido las ciudades de Zamora y de Toro. (Sandoval: Cinco Reyes.)

(4) Véase el cap. 24 del anterior libro.

teniendo que medir su armas con las del Cid Campeador (1). A pesar de estas contrariedades llegó el caso de considerarse bastante fuerte para poner en ejercicio el proyecto que constituia el blanco de sus mas vehementes deseos, el de la conquista de Huesca, uno de los mas fuertes baluartes de los infieles y su principal escudo de defensa contra las armas cristianas de Aragon. Habia ido Sancho Ramirez preparando muy diestramente el terreno para esta importante conquista, y cuando se determinó ya á ponerle sitio llevó consigo respetable hueste de aragoneses y navarros que distribuyó en los collados de alrededor.

Sentó el rey sus reales en un montecillo ó repecho de donde podia ofender grandemente á los sitiados, y que desde entonces tomó el nombre de *el Pueyo* de Sancho. El cerco, no obstante, continuaba con lentitud, porque los sitiados se defendian con bizarría. Impaciente el monarca aragonés púsose un dia á reconocer el muro, y habiendo hallado en él una parte mas flaca que las otras, y por donde le parecia que se podria fácilmente combatir, levantó el brazo derecho para señalar aquel sitio á sus compañeros de armas: en esto una flecha arrojada desde el adarve vino á herir al rey debajo del brazo y convocando á todos los ricos-hombres y caballeros hizo jurar ante ellos á sus dos hijos don Pedro y don Alfonso, que no levantarían el cerco hasta tener ganada la ciudad y puesta bajo su dominio y poder. Hecho esto, y consolando con animoso esfuerzo á los príncipes y á sus caudillos, murió este aguerrido y valeroso monarca el dia 4 de junio del año 1094. Su cuerpo fué llevado al monasterio de Monte-Aragon fundado por él, donde estuvo depositado hasta que ganada la ciudad le trasladaron al de San Juan de la Peña, donde le dieron honrosa sepultura (2).

Muerto don Sancho, y aclamado y reconocido por rey su hijo don Pedro, continuó este el sitio de Huesca con el mis-



PEDRO I

mo ánimo, perseverancia y empeño con que hubiera podido hacerlo su padre. Mas considerando tambien el de Zaragoza que de la conservacion ó pérdida de Huesca dependia la posesion de toda la tierra llana, hizo un llamamiento general á los musulmanes de su reino, y aun invocó la cooperacion de dos condes cristianos sus amigos, Gonzalo y García Ordoñez de Nájera (3); «ca en aquella revuelta de tiempos y estrago de costumbres, dice un historiador, no se tenia por escúpulo que cristianos ayudasen á los moros contra otros cristianos.» Púsose en marcha el ejército infiel, sin que su número arrojara al nuevo rey don Pedro; antes saltó á encontrarle, marchando delante de todos el príncipe Alfonso su hermano, que ya anunciaba lo que habia de ser mas adelante este insigne guerrero. Acompañábanle los principales caballeros y ricos-hombres de Aragon, los Gaston de Biel, los Lizanas, los Bacañas, los Lunas, y aquel Fortuño, que dicen traía de Gascuña

(1) Cap. 1.º de este libro.

(2) Anal. Compostel.—Roder. Tolet.—Zurita, Abarca y otros escritores de Aragon.

(3) Este García Ordoñez, que aparece unas veces peleando en las filas de Alfonso de Castilla, otras guerreando en favor de los moros, es un personaje misterioso é incomprensible, cuya biografía seria difícilísimo escribir.

trescientos peones armados de mazas, de que tomó el nombre de Fortuño Maza que dejó á sus nobles descendientes.

Los agarenos eran en tan gran número que cubrian todo el camino desde las riberas del Ebro hasta las del Gállego. El conde García envió un atento mensaje al rey don Pedro aconsejándole que levantara el sitio, porque no era posible que escapara ningun cristiano. La respuesta del rey fué avanzar á los campos de Alcoráz, donde se encontraron las dos huestes. El príncipe don Alfonso fué el que comenzó el combate haciendo terrible daño á los infieles. La pelea se fué generalizando y embraveciendo: convienen todos en que fué de las mayores y mas sangrientas batallas que se habian dado entre musulmanes y cristianos: duró hasta la noche, y el arrogante don García, auxiliar de los moros, el que decia que no podria escapar ningun cristiano, fué uno de los prisioneros (4). Aguardaban los aragoneses que al dia siguiente se renovara la pelea, y lo que al dia siguiente sucedió fué ver desamparados los reales de los infieles, que con pérdida de treinta á cuarenta mil muertos se habian retirado de prisa con su rey á Zaragoza. Ganada la batalla, volvió el rey don Pedro sobre Huesca, que á los ocho dias se le rindió, y entró en ella triunfante el 25 de noviembre de 1096. Esto es lo que refieren las crónicas cristianas; veamos cómo lo cuentan los árabes.

«El rey de Zaragoza Almostain Billah Abu Gíafar, cuando creia descansar, y que los cristianos escarmentados en Zalaca le dejarían gozar de la felicidad de aquella victoria, se vió acometido de muchedumbre de infieles que acandillaba el tirano Aben Radmir (5). Salió contra él con cuanta gente pudo allegar, que serian veinte mil hombres entre jinetes y peones, gente muy esforzada, y robusta columna del Islam. Encontráronse estas tropas con las del tirano Aben Radmir, que eran igual número entre caballos y peones. Fué el encuentro de estas dos huestes, dice Ben Hudeil, cerca de Medina Huesca, fronteras de España Oriental (fortifiquelas Dios y ampárelas). Estaban ambos ejércitos muy confiados cada uno en su poder y en el valor y destreza de sus caudillos, hijos de la guerra, leones embravecidos. Presentáronse la batalla, y al principio de ella dijo Aben Radmir (destrúyale Dios) á sus principales campeadores: «Ea, mis amigos, señalemos con piedra blanca este dia; ánimo y á ellos.» En este punto se trabaron las dos contrarias huestes con igual denuedo y valor, y fué la batalla muy reñida y sangrienta, que ninguno tornó la cara á la espantosa muerte, ni queria ceder ni perder su puesto ni fila, y mucho menos el campo: cada uno queria que su caudillo le viese peleando como bravo leon, hasta que fatigados ambos ejércitos que no podian menear las armas suspendieron la cruel matanza á la hora de alahzar. Estuviéronse mirando unos á otros como una hora, y luego haciendo señal ellos con sus bocinas y trompetas, y nosotros con nuestros atambores, se trabó con nuevo impetu la porfiada y sangrienta lid: acometieron los cristianos con tal pujanza que de tropel entraron dividiendo nuestra hueste, y así hendida aquella fortaleza que se mantenía, se siguió la confusion y desordenada fuga, y la espada del vencedor se cebó en las gargantas musulmicas hasta la venida de la noche, y el rey Almostain el Zagir Aben Hud y los suyos se acogieron á la ciudad de Huesca.

»Luego los cristianos cercaron la ciudad y la combatian con máquinas é ingenios, y los valientes musulmes salian y daban rebatos, y se los destruían, y en uno de estos fué herido y muerto de saeta Aben Radmir, el rey de los cristianos; pero no por eso levantaron el sitio, antes bien con nuevas tropas vinieron á la conquista. Estaban los musulmes muy apurados y como Almostain hubiese logrado salir de la ciudad allegó muchas gentes, y pidió auxilio á los emires de Albarracín y de Játiva y Denia, que luego fueron en su ayuda. Con la fama de la venida de este socorro los cristianos levantaron su campo de Huesca, y salieron con poderosa hueste al encuentro de los musulmes. Fué el encuentro en cercanias de la fortaleza de Alcoraza, acometiéronse con grande ánimo y la pelea fué

(4) Debió ser puesto pronto en libertad, porque en 19 de mayo de 1097 aparece otra vez acompañando á Alfonso de Castilla en una expedicion hacia Zaragoza.

(5) Esto es, el hijo de Ramiro, Sancho Ramirez.

muy reñida y sangrienta que duró hasta la venida de la noche: en ella los musulimes recibieron grave daño, y muchos principales, así que como fuesen gentes diversas, culpando los unos á los otros del suceso, no quisieron esperar al día siguiente la suerte de nuevo combate, y unos por una parte y otros por otra se retiraron aquella noche, dejando muchos muertos y heridos en montes y valles para agradable pasto de las fieras y de las aves carnívoras. El rey Almoztain se retiró á Zaragoza perdiendo la esperanza de mantener aquella ciudad, y pocos días despues se entregó Huesca á los cristianos (1).»

De esta victoria data el haber tomado los reyes de Aragon por armas la cruz de San Jorge en campo de plata (pues los historiadores aficionados á apariciones dicen que San Jorge anduvo á caballo en aquella batalla), y en los cuadros del escudo cuatro cabezas rojas que dicen representan cuatro reyes ó caudillos moros que en aquella jornada murieron.



ALFONSO I

el Cid y su expedición á Valencia, según en el capítulo II lo dejamos referido. De regreso á sus Estados prosiguió el rey don Pedro atacando denodadamente los castillos y fortalezas de los moros, entre ellos el formidable de Calasanz, el de Pertusa, con que terminó la campaña de 1099, y por último la importante plaza de Barbastro (1100), con los castillos de Ballovar y Velilla, últimas reliquias del reino de Huesca. Viósele en 1102 correr las fronteras de Cataluña, donde habían quedado á los moros algunos asilos que les quitó sin dificultad, y en 1104 entrar atrevidamente por tierras de Zaragoza hasta poner el pie cerca de sus muros, talar y destruir su campaña, y retirarse á Huesca, donde pronto iban á verse malogradas las esperanzas que á los aragoneses había infundido la reputación de su joven monarca. La pérdida de un tierno príncipe de su mismo nombre que había tenido de su esposa Bertha acabó los días de aquel ilustre soberano en términos que sobrevivió muy poco tiempo á la prematura muerte de su hijo. Ni sus glorias de conquistador fueron bastantes á consolarle, ni la robustez de la edad, que contaba entonces treinta y cinco años, pudo neutralizar el estrago que en su naturaleza produjo el dolor de aquel infortunio, y el 28 de setiembre de aquel mismo año (1104) lloraron los aragoneses el fallecimiento del conquistador de Huesca y de Barbastro. Mucho en verdad los consoló el haber recaído la sucesión del reino en su hermano Alfonso, príncipe animoso y fuerte, que había de merecer mas adelante el sobrenombre de Batallador; pero cuyos hechos nos reservamos referir en otro capítulo por el íntimo enlace que tuvieron con los sucesos de Castilla que siguieron á la muerte de Alfonso VI.

Dejamos en Cataluña al conde de Barcelona Berenguer Ramon II el *Fratricida* rigiendo el Estado por sí y como tutor del tierno príncipe Ramon Berenguer, el hijo de su hermano Cap de Estopa el asesinado (2), si bien con la condición impuesta por los condes y barones de que la tutela no hubiese de durar sino hasta que el huérfano niño cumpliera los quince años y con ellos adquiriese el derecho de reinar calzando las espuelas de caballero. Ocupado trajeron al *Fratricida* en los siguientes años las guerras en que le hemos visto envuelto con el Cid Campeador, tan funestas para la causa de la cristiandad como las alianzas del conde catalan con el rey de Tortosa y Denia Al Mondhir Alfagib, que dejamos en otra parte referidas (3).

En medio de estas lamentables escisiones entre el conde

(1) Conde, part III, cap. 18.—Dozy copia la relacion de Al Tortoschi, autor contemporáneo, que conviene en todo lo sustancial con la de Ben Hudeil.

(2) Cap. 24 del anterior libro.

(3) Cap. 1.º de este libro.

Dueño don Pedro de Huesca, hizo convertir la mezquita principal en templo cristiano, que se dió al obispo de Jaca para establecer en ella la silla episcopal, como había estado antes de la entrada de los moros, y el obispo de Jaca volvió á intitularse de Huesca. Y el papa Urbano II con noticia de esta victoria, confirmó al rey la facultad que Alejandro II y Gregorio VII habían concedido á su padre para que los reyes de Aragon pudiesen distribuir las rentas de las iglesias que se ganasen de los moros, y de las que de nuevo se edificasen, á excepcion de las catedrales; dando tambien facultad á los ricos-hombres para que pudiesen anejar á cualquier monasterio, ó reservarse para sí y sus herederos cualesquiera iglesias de lugares de moros que ganasen en la guerra, ó las que se fundasen en sus propios heredamientos, con las décimas y primicias, á condicion de hacer celebrar los oficios divinos por personas convenientes con lo demás necesario al culto (4). Siguió á la conquista de Huesca la alianza del aragonés con

barcelonés y el guerrero castellano, una empresa grande, noble, digna, vino á ocupar la atención del primero con gran contentamiento de los catalanes: tal fué el proyecto de reconquistar la antigua metrópoli de la España Citerior, la célebre Tarragona, punto avanzado que los musulmanes poseían en el Oriente de España y cuya ventajosa posición para el tráfico de mar les hacía cuidar con particular interés de su conservación. Ya en el anterior condado el clero catalan, ansioso de recobrar su antigua metrópoli, había hecho excitaciones para que se acometiera una empresa á la vez patriótica y religiosa; ya había preocupado este pensamiento á don Ramon Berenguer el Viejo; y ahora el hijo, mal seguro de la sumisión de los condes y barones, menos seguro todavía del cariño del pueblo, temeroso de ver recaer sobre sí las penas y censuras de la Iglesia y acosado tal vez de remordimientos, no podía menos de acoger con ahinco un proyecto cuya ejecución habría de borrar en gran parte el hondo disgusto que en todo el país y en todos los ánimos había producido el fratricidio. Por otra parte el obispo de Vich, cabeza de la asamblea de los vengadores de aquel crimen, tenía el mayor interés en la realizacion de una conquista que había de volverle la posesión de aquella silla metropolitana, por haberlo ofrecido así la Santa Sede para cuando llegara el caso de la apetecida restauracion. Así, mientras el conde soberano se aparejaba para una empresa de que esperaba habría de resultar su rehabilitación en el aprecio público, el prelado ausonense partía á Roma á implorar los auxilios del jefe de la cristiandad.

Ocupaba entonces la silla de San Pedro el papa Urbano II, el gran promovedor de las cruzadas á la Tierra Santa que á la sazón absorbían el pensamiento y el entusiasmo del mundo cristiano. El pontífice vió en el proyecto de recobrar y restaurar la Iglesia tarraconense un motivo de cruzada no menos digno de los apóstoles y de los guerreros de la fe que el de recuperar los santos lugares; por lo cual no solo acogió con gusto la demanda del prelado catalan, sino que eximió del voto de cruzarse para la Palestina á cuantos quisiesen acudir á la reconquista de Tarragona, «futuro antemural, decía, del pueblo cristiano;» concedió jubileo plenísimo á los que personalmente acompañasen la expedición, otorgó otras muchas gracias espirituales, confirmó al obispo de Vich la futura prelación de aquella metrópoli, y excitó eficazmente á todos los príncipes, barones y caballeros, eclesiásticos y seglares de los países limítrofes, á que concurrieran á la santa empresa. Con tales elementos activáronse los preparativos, alistáronse en gran número los guerreros, y abrióse la campaña. Prósperas y felices marcharon las primeras operaciones; fueron los sarracenos perdiendo sus castillos; la ciudad de las antiguas

(4) Zurita, Anal. part. I, c. 32.—Bula de Urbano II.

murallas ciclópeas fué con impetuoso vigor acometida, y los pendones del cristianismo tremolaron en los muros en que tiempo atrás resplandecieron las águilas romanas y en que despues había ondeado orgulloso el estandarte de Mahoma (1090). Lanzados los infieles de la ciudad y campo de Tarragona, y forzados á internarse en lo mas áspero de las montañas de Prades al abrigo de Ciurana y de Tortosa, limpio de sarracenos el territorio comprendido entre el llano de Tarragona y de Urgel, quedó allanado el camino para los futuros ataques de Tortosa y de Lérida. Restaurada y purificada solemnemente aquella insigne iglesia, y arreglado lo conveniente al gobierno de la ciudad, el conde Berenguer hizo donacion de su conquista al apóstol San Pedro, y á los pontífices sucesores suyos: «con lo cual, añade un ilustrado escritor catalan, acaba de ser notorio que vino en la empresa movido de penitencia y cuánto ansiaba detener el rayo del Vaticano (1).»

De incalculables y felicísimas consecuencias hubiera podido ser para todo el Oriente de España la gloriosa conquista de Tarragona, si seguidamente no hubieran embarazado de nuevo al conde Berenguer y á los catalanes las guerras con el Cid, sus descalabros y contratiempos en Calamocha y Tobar del Pinar (1092) que en otra parte dejamos referidos, su estancia en Zaragoza y sus correrías por tierras de Valencia despues de avenido con el Campeador, hasta la conquista de Murviedro por el de Vivar y el sitio de Oropesa por el barcelonés (1095). La misma Tortosa había sido ya objeto de algunas tentativas de parte de Berenguer II en 1096, cuando de repente se ve vacar la corona condal, y al año siguiente se encuentra á su joven sobrino rigiendo por sí el Estado. ¿Qué fué lo que motivó tan repentina desaparición?

Las expediciones militares del conde Berenguer Ramon II pudieron acaso suspender, pero no hacer desistir á los magnates barceloneses de su empeño en descubrir y castigar al perpetrador de la muerte de Ramon Cap de Estopa; y aunque la asamblea de 1085 no tuvo el resultado que entonces se propusieron, no pararon los coligados, especialmente Bernardo Guillermo de Queralt, Ramon Folch de Cardona y Arnaldo Miron, hasta retar como buenos al fratricida, al uso de aquellos tiempos, y obligarle á fuer de caballero á presentarse al reto en la corte de Alfonso VI de Castilla, donde al fin fué convencido de su traicion y alevosía judicialmente ó *per battalam* (2). Este singular juicio debió verificarse entre el 1096 y el 1097, que es la fecha que media entre las últimas escrituras que se hallan firmadas por este conde y su desaparición del condado de Barcelona.

Convencido pues y deshonrado el fratricida, tomó la única resolución que era ya compatible con el descrédito en que la prueba de su delito le ponía á los ojos de los catalanes: la de partir á la Tierra Santa. Así y por tan misteriosos caminos conduce muchas veces la Providencia á los hombres á la expiación de sus crímenes. Allá en aquellos apartados lugares murió batallando en defensa de la cruz el matador de su hermano, con cuya penitencia pudo acaso aplacar al eterno juez, ya que acá sus hazanas no fueron bastantes á desenrojar á los vengadores del fratricidio (3).

Como ya en aquel tiempo el joven Ramon Berenguer, hijo del asesinado y sobrino del fratricida, el defendido y amparado en su niñez por la fidelidad de los catalanes en medio de aquellas turbaciones y guerras, se hallase en la edad de los quince años en que podía ser armado caballero, fué proclamado conde y sucesor de su padre con arreglo al testamento de su abuelo. Acaso ya entonces se había enlazado el joven príncipe con María, la hija segunda del Cid y de doña Jimena, de quien hablamos arriba, y de la cual solo tuvo una hija

(1) Piferrer, Recuerdos y Bellezas, tom. de Cataluña, p. 117.

(2) Este hecho ha pasado desconocido de nuestros historiadores hasta que nos le ha descubierto el investigador é ilustrado señor Bofarull en sus *Condes vindicados*.

(3) Necrologio de Ripoll.—Zurita, Anal. p. I, c. 26.—Gauttier d'Arc, Histoire des conquêtes des Normands, etc.—Muchos catalanes iban ya entonces á la conquista de la Tierra Santa, creciendo el furor de cruzarse para la Palestina al paso que menguaba el temor por la seguridad de Cataluña.

cuyo nombre se ignora (4). Muerta esta, casóse hácia mediados de 1106 con Almodis, de la cual no tuvo sucesión, y últimamente de terceras nupcias en 1112 con Dulcia, condesa de Provenza, de quien tuvo tres hijos y cuatro hijas, de los cuales hablaremos mas adelante.

Fué este conde el conocido con el nombre de Ramon Berenguer III el Grande, príncipe valeroso y esforzado caballero, como tendremos ocasion de ver en otro lugar: puesto que los sucesos del reinado de don Ramon Berenguer III serán ya objeto y materia de otro capítulo.

CAPÍTULO IV

Doña Urraca en Castilla.—Don Alfonso I en Aragon

DE 1019 Á 1134

Dificultades de este reinado. Opuestos juicios de los historiadores.—Matrimonio de doña Urraca con don Alfonso I de Aragon.—Desavenencias conyugales.—Disturbios, guerras, calamidades que ocasionan en el reino.—La reina presa por su esposo.—Indole y carácter de los dos consortes.—Alternativas de avenencias y discordias. Guerras entre castellanos y aragoneses.—Batallas de Candespina y Villadagos.—Proclamacion de Alfonso Raimundez en Galicia.—Guerrea entre sí la reina y el rey, la madre y el hijo, Enrique de Portugal, el obispo Gelmirez, doña Urraca y su hermana doña Teresa.—Declárase la nulidad del matrimonio.—Retírase don Alfonso á Aragon.—Nuevas turbulencias en Castilla, Galicia y Portugal.—Gran motin en Santiago: los sublevados incendian la catedral, maltratan á la reina é intentan matar al obispo: paz momentánea.—Nuevos disturbios y guerras.—Amorosas relaciones de doña Urraca: su muerte; proclamacion de Alfonso VII su hijo.—Entrada de los sarracenos en Castilla.—Sucesos de Aragon.—Triunfos y proezas de Alfonso I el *Batallador*.—Importante conquista de Zaragoza.—Atrevida expedicion de Alfonso á Andalucía.—Nuevas invasiones en Castilla: su término.—Franquea el Batallador por segunda vez los Pirineos y toma á Bayona.—Sitio de Fraga: su muerte.—Célebre y singular testamento en que cede su reino á tres órdenes religiosas.

Turbulento, aciago, calamitoso, y tristemente célebre fué el reinado de doña Urraca: «episodio funesto, dijimos ya en nuestro discurso preliminar, que borraríamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria.» Y no somos solos á decirlo: dijolo ya antes que nosotros el autor del prólogo á la historia de doña Urraca por el obispo Sandoval con estas palabras: «Deberíamos descartar tales reinados de la serie de los que constituyen nuestra historia nacional (5).» Y como si fuese poco embarazo para el historiador haber de dar algún orden y claridad al caos de turbulencias y agitaciones, de desconcierto y de anarquía que distinguió este desastroso período, viene á darle nuevo tormento la mas lamentable discordancia entre los escritores que nos han trasmitido los sucesos y la divergencia mas lastimosa en los juicios y calificaciones de los personajes que en ellos intervinieron.

Los unos, como por ejemplo, Lucas de Tuy y el arzobispo de Toledo, á quienes siguen Mariana y otros, hacen recaer toda la culpabilidad de los desastres y de las discordias en la reina de Castilla, á la cual llaman «mujer recia de condicion y brava;» hablan de sus «mal encubiertas deshonestidades;»

(4) Archivo de la corona de Aragon, Colecc. del undécimo conde.—Apénd. á la Marca Hispana, números 337 al 339.

(5) Mas no nos es posible á nosotros, historiadores españoles, seguir el partido que ha adoptado Romey, que ha sido pasar casi en blanco el reinado de doña Urraca, supliendo el vacío con una extensísima relacion de los hechos de los árabes en aquel tiempo; como si aquel erudito historiador se hubiera arredrado ante las inmensas dificultades y complicaciones que este reinado ofrece; cosa que sin embargo extrañamos en tan laborioso y discreto investigador.

Conociendo estas mismas dificultades el ilustrado señor Herculano, moderno historiador de Portugal, dice hablando de este reinado: «En la falta absoluta de notas cronológicas que se encuentra en las crónicas contemporáneas, el historiador moderno que desea afinar con la verdad se ve muchas veces perplejo para señalar el orden y el enlace de los acontecimientos. Cuando la España tenga una historia escrita con sinceridad y conciencia, el período del gobierno de doña Urraca será uno de los que pongan á mas dura prueba el discernimiento del historiador.» Hist. de Portugal, t. I, p. 217.